

alcantarilla grande de París, por el lado donde desemboca en el Sena, entre el puente de Jena y el de los Inválidos.

Mario acercó bruscamente su silla á la de Thenardier. Este notó el movimiento, y continuó con la lentitud de un orador que es dueño de sus oyentes y que siente la palpitación del adversario á cada una de sus palabras:

—Ese hombre, obligado á ocultarse por razones ajenas á la política, había elegido la alcantarilla para su domicilio y tenía una llave de la reja. Era, repito, el 6 de junio, á las ocho, poco más ó menos, de la noche. El hombre oyó ruido en la alcantarilla. Bastante sorprendido, se ocultó y espío. Era ruido de pasos; alguien caminaba en medio de las tinieblas, adelantándose hacia él. Había en la alcantarilla otro hombre. La reja de salida no estaba lejos, y la escasa claridad que entraba por ella le permitió conocer al recién venido y ver que traía algo á cuestras. Andaba doblado. Era un antiguo presidiario, y llevaba á cuestras un cadáver. Flagrante delito de asesinato, si los hubo. En cuanto al robo, es cosa corriente; no se mata á un hombre gratis. El presidiario iba á arrojar aquel cadáver al río. Es digno de notar que, antes de llegar á la reja de salida, el presidiario, que venía de un punto lejano de la alcantarilla, debió necesariamente tropezar con un cenagal espantoso, donde parece que hubiera podido dejar el cadáver; pero al día siguiente los poceros, trabajando en el cenagal, habrían descubierto al hombre asesinado, lo cual no quería sin duda el asesino. Prefirió atravesar el pantano con su carga, costándole inmensos esfuerzos y arriesgando de una manera increíble su propia existencia. No comprendo cómo acertó á salir de allí vivo.

La silla de Mario se acercó más, y Thenardier

aprovechó este segundo movimiento para respirar largamente. Luego prosiguió:

—Señor barón, la alcantarilla no es el Campo de Marte. Allí falta todo, hasta sitio. Así, cuando la ocupan dos hombres, menester es que se encuentren. Esto fué lo que sucedió. El domiciliado y el transeunte tuvieron que darse las buenas noches, uno y otro sin malditas ganas. El transeunte dijo al domiciliado: —Ves lo que llevo á cuestras; es preciso que salga de aquí: tienes la llave; dámela. El presidiario era hombre de extraordinarias fuerzas y no había medio de resistirle. Sin embargo, el que poseía la llave parlamentó, únicamente para ganar tiempo. Examinó al muerto; mas sólo pudo averiguar que era joven, de buena apostura, con aire de persona rica y que estaba todo desfigurado por la sangre. Mientras hablaba, halló medio de romper y arrancar, sin que el asesino lo advirtiese, un pedazo del faldón de la levita que vestía el hombre asesinado. Documentó justificativo como comprenderéis; hilo para descubrir el ovillo y probar el crimen al criminal. Guardóse en el bolsillo el documento, y abriendo la reja, dejó salir al presidiario con su pesada carga. Después cerró de nuevo y se puso en salvo, importándole poco el desenlace de la aventura, y sobre todo no conviniéndole estar allí cuando el asesino arrojase el cadáver al río. Ahora veréis claro. El conductor del cadáver era Juan Valjean; el que tenía la llave os habla en este momento; y el pedazo de la levita...

Thenardier acabó la frase sacando del bolsillo y sosteniendo á la altura de los ojos, cogido entre los dos pulgares y los dos índices, un jirón de paño negro, todo lleno de manchas oscuras.

Habíase levantado Mario, pálido, respirando apenas, con la vista fija en el pedazo de paño negro; y sin pronunciar una palabra, sin apartar los ojos de

aquel jirón, retrocedió hacia la pared, buscando detrás de sí con la mano derecha, á tientas, una llave que estaba en la cerradura de una alacena, junto á la chimenea. Encontró la llave; abrió la alacena é introdujo el brazo sin volver el rostro ni separar la vista de Thenardier. Entretanto éste continuaba:

—Señor barón, me asisten grandes razones para creer que el joven asesinado era un opulento extranjero, atraído por Juan Valjean á una emboscada, y portador de una suma enorme.

—El joven era yo, y aquí está la levita,—gritó Mario, arrojando en el suelo una levita negra y vieja, manchada de sangre.

En seguida, arrancando el jirón de manos de Thenardier, se bajó y lo ajustó en el faldón roto. Adaptábase perfectamente; el jirón completaba la levita.

Thenardier quedó petrificado, y dijo para sí:—Me he lucido.

Mario, levantándose tembloroso, desesperado, radiante, metió la mano en el bolsillo, y se dirigió fuera de sí hacia Thenardier con el puño, que apoyó casi en el rostro del bandido, lleno de billetes de quinientos y de mil francos.

—¡Sois un infame! ¡Sois un embustero! ¡Un calumniador! ¡Un malvado! Veníais á acusar á ese hombre y le habéis justificado; queríais perderle, y habéis conseguido tan sólo glorificarle. ¡Vos sois el ladrón! ¡Vos sois el asesino! Yo os he visto, Thenardier Jondrette, en el chiribitil del boulevard del Hospital. Sé de vos lo suficiente para enviaros á presidio, y más lejos aún, si quisiera. Tomad esos mil francos, bribonazo.

Y arrojó un billete de mil francos á los piés de Thenardier.

—¡Ah, Jondrette Thenardier, vil é indigno! ¡Que os sirva esto de lección, chalán de secretos, merca-

chifle de misterios, desenterrador de huesos, miserable! ¡Tomad además esos quinientos francos, y salid de aquí! Waterlloo os protege.

—¡Waterlloo!—murmuró Thenardier, guardándose los quinientos francos, al mismo tiempo que los mil.

—¡Sí, asesino! Habéis salvado en esa batalla la vida á un coronel...

—A un general,—dijo Thenardier, alzando la cabeza.

—¡A un coronel!—replicó Mario furioso.—No daría un ochavo por un general. Y veníais aquí á cometer infamias. Os digo que sobre vos pesan todos los crímenes. ¡Marchaos! ¡Desapareced! Sed dichoso, es cuanto deseo. ¡Ah, monstruo! Tomad también esos tres mil francos. Mañana, mañana mismo os iréis á América, con vuestra hija, porque vuestra mujer ha muerto, abominable embustero. Cuidaré de vuestra partida, bandido, y en el momento de marchar os entregaré veinte mil francos más. ¡Id á que os ahorquen en otra parte!

—Señor barón,—respondió Thenardier inclinándose hasta el suelo,—gratitud eterna.

Y Thenardier salió, sin comprender una palabra, atónito y contento de verse abrumado bajo sacos de oro, y herido en la cabeza por aquella granizada de billetes de Banco.

Hubiera sentido mucho hallarse provisto de pararrayos contra semejantes chispas eléctricas.

Acabemos desde ahora con este personaje. Dos días después de los sucesos que estamos refiriendo, salió, merced á Mario, para América, mudándose el nombre y en compañía de su hija Azelma. Mario, según le había ofrecido, giró sobre Nueva York á su favor una letra de veinte mil francos. La miseria moral de Thenardier era irremediable; así, fué en

América lo que había sido en Europa. El contacto de un hombre perverso basta á veces para bastardear una buena acción y que salga de ella una cosa mala. Con el dinero de Mario, Thenardier se hizo negrero.

En cuanto se retiró Thenardier, Mario corrió al jardín donde Cosette estaba aún paseando.

—¡Cosette! ¡Cosette!—exclamó.—¡Ven! ¡ven pronto! Marchemos. Vasco, un coche. Ven, Cosette. ¡Ah, Dios mío! ¡El es quien me había salvado la vida! ¡No perdamos un minuto! Ponte el chal.

Cosette creyó que se había vuelto loco, y obedeció.

Mario no respiraba, y ponía la mano sobre su corazón para comprimir los latidos. Iba y venía á grandes pasos y abrazaba á Cosette, diciendo:

—¡Ah! ¡Qué desgraciado soy!

En el arrebato de su imaginación, Mario empezaba á entrever en Juan Valjean una elevada y sombría figura. Una virtud inaudita se aparecía ante él, suprema y dulce, humilde en su inmensidad. El presidiario se transfiguraba en Cristo. Mario estaba deslumbrado con aquel prodigio. No sabía precisamente lo que veía, pero sí que era grande.

El coche no tardó en llegar.

Mario hizo subir á Cosette, y se lanzó en seguida dentro.

—Cochero,—dijo,—calle del Hombre-Armado, número 7.

El coche partió.

—¡Ah, qué felicidad!—exclamó Cosette,—á la calle del Hombre-Armado. No me atrevía á hablarte de eso. Vamos á ver al señor Juan.

—A tu padre, ¡Cosette! A tu padre, pues lo es hoy más que nunca. Cosette, todó lo adivino. Me has dicho que no recibiste la carta que te mandé con Gavroche. Cayó sin duda en sus manos, y fué á la barricada para salvarme. Como su misión es ser un ángel,

de paso salvó á otras personas; salvó á Javert. Me extrajo de aquel abismo para entregarme á tí. Me llevó sobre sus hombros al través de la alcantarilla. ¡Ah! ¡soy el mayor de los ingratos! Cosette, después de haber sido tu providencia, fué la mía. Figúrate que había allí un espantoso cenagal donde ahogarse cien veces, donde ahogarse en lodo, Cosette, y lo atravesó conmigo á cuestras. Yo estaba desmayado; no veía, no oía, no podía saber nada de mi propia aventura. Vamos á traerle á casa, á tenerle con nosotros, quiera ó no: no volverá á separarse de nuestro lado. Si es que le encontramos, si es que no ha partido. Pasaré lo que me resta de vida venerándole. Habrá pasado cual te he dicho, ¿no es verdad, Cosette? Gavroche le entregaría mi carta. Todo se explica. ¿Comprendes?

Cosette no comprendía una palabra.

—Tienes razón,—fué su respuesta.

Entretanto, el coche seguía rodando.